

## El salchichero de Titisé

Esta es una historia que escribió Pilarín Dete Malva-do-Satán, una mujer de gran curiosidad pero de escasas luces. Ella realizó un viaje de turismo de la tercera edad en el sur de Alemania, y fue la guía del autocar quien la explicó a todo el pasaje para entretenerlos.

Se trata de una historia ocurrida en el siglo XVIII. El manuscrito me llegó por casualidad, yo no conozco a Pilarín, pero encontré interesante lo que escribió y he querido reproducir con exactitud la grafía que utilizó la autora para referirse a los personajes de origen alemán. Realmente me pareció graciosa la transcripción que hizo de unos sonidos que le resultaban absolutamente extraños a sus oídos.

A Caus Chaitis<sup>1</sup>, salchichero de Titisé<sup>2</sup>, le faltaban los dos dientes incisivos superiores centrales, conocidos como “palas”, y sus clientes se reían de él y lo ridiculizaban cada vez que lo veían, pues en verdad daba risa ver aquellos dos agujeros.

Desesperado por esta situación, fue a ver un dentista de reconocida reputación, Gudol Quinsma<sup>3</sup>, especializado en empastes y reposiciones dentales. Vivía en la ciudad de Tübingue<sup>4</sup> y era único en el país en los arreglos de ortodoncia que había aprendido en la Universidad de Montpellier<sup>5</sup>. Siempre tenía pacientes ansiosos por visitarse e incluso la emperatriz había solicitado sus servicios, pues tenía todos los dientes careados y un mal aliento ofensivo que echaba para atrás al emperador, que solo se acercaba a ella en caso de extrema necesidad.

Como no había esmaltes en aquella época y estaba muy mal visto aprovechar la dentadura de los muertos humanos, Gudol Quinsma utilizaba dientes incisivos de conejos de la variedad “gigas”, un roedor de granja que puede alcanzar los 22 kilogramos de peso. Él serraba los dientes de manera que se ajustaran a la perfección al espacio disponible.

Así lo hizo con el salchichero Caus, que se dejó los ahorros de cinco años en aquel par de dientes. El dentista Gudol le informó que tuviera siempre presente que debían pegarse los dientes a las encías con una cola especial, el “anclipestar”<sup>6</sup>. Se trataba de una pasta especial que debía extenderse por toda la zona a pegar y dejarla secar durante cinco minutos antes de colocarse los postizos. El pegamento tenía una autonomía demostrada de seis horas, pasadas las cuales caían los dientes y debían volverse a pegar si así le apetecía al paciente.

Caus no tenía reloj y quiso comprarse uno para saber con exactitud cuánto eran cinco minutos y cuánto eran seis horas. El precio era caro, pero Caus compraría uno.

---

<sup>1</sup> Klaus Scheidlitz.

<sup>2</sup> Titisee, pueblo alemán muy turístico al sur de la Selva Negra (Schwarzwald), junto al lago del mismo nombre, a unos 30 km. al este de Freiburg, en el estado federado de Baden-Württemberg.

<sup>3</sup> Rudolf Klinsmann.

<sup>4</sup> Tübingen, ciudad alemana famosa por su Universidad fundada en el año 1477. A 25 km. al sur de la ciudad de Stuttgart, capital de Baden-Württemberg.

<sup>5</sup> Montpellier, ciudad del sur de Francia, capital de la región de Languedoc-Rousillon y del departamento de Hérault. Es famosa por su prestigiosa Universidad, fundada en el año 1220, una de las más antiguas de Europa, especializada sobre todo en la materia médica.

<sup>6</sup> En realidad, *Ankleben stark*, textualmente, “pegar o enganchar fuerte, duro”.

No había relojerías aún, el producto justo empezaba a comercializarse, era la moda del momento. Sin embargo, sí existían vendedores ambulantes de relojes, muy queridos en toda la región, conocidos con el nombre de “uguetrega” (“*Uhrenträger*”), los transportadores de relojes. Cargaban en su espalda el producto recién salido de las fábricas o talleres de construcción, y recorrían toda Europa sin desfallecer, acompañados de un paraguas para que no se mojara la carga. Uno de ellos, Fran Ojaima<sup>7</sup>, vecino del famoso pueblo relojero de Tiber<sup>8</sup>, llegó a Titisé con el ánimo de vender algún reloj.

Curiosamente, a él también le faltaban los dos dientes centrales superiores y se veían los dos agujeros a más de 50 metros de distancia. Igual que Caus, era el hazmerreír en todos los pueblos y ciudades que visitaba. Y como tenía un tamaño de boca similar a la del salchichero Caus, le propuso un cambio: sus dos dientes por un reloj de categoría. Pero este no lo aceptó de ninguna manera y le dijo a Fran que fuera al dentista y no le viniera con milongas. Él quería un reloj para controlar el pegado de los dos incisivos. Si le cambiaba los dientes, ¿para qué quería el reloj? Que fuera a Tibingue, no estaba lejos, y se las arreglara con el doctor Quinsma.

Fran insistió en su petición, pues hizo saber a Caus que no tenía tiempo, al día siguiente marchaba a Constantinopla con una partida de maravillosos relojes encargados por la Corte del sultán Mamut<sup>9</sup>. Fran le ofrecía a Caus un soberbio reloj de pared, de madera, que representaba el entorno cotidiano de un leñador de montaña, con su casa, su familia, el puente sobre el río, la granja y los animales de compañía y de crianza. Y además llevaba incorporado un precioso cucut que cantaba puntualmente las horas.

El salchichero Caus no se avino a razones. Le dijo a Fran, con sorna y mal gusto añadido, que como ya tenía todos los relojes vendidos en la corte turca, su viaje hacia esas remotas tierras sería breve y pronto podría ir a Tibingue para que le pusieran los dientes, hasta encontraría barato su precio. Finalmente, Caus le compró a Fran un reloj de la serie barata y lo mandó a paseo, regalándole como cortesía una de las salchichas más secas que tenía en la tienda. El relojero marchó ofendido por el trato prepotente recibido y auguró al salchichero una desgracia: su abuela materna era gitana y le había otorgado poderes de brujería.

Poco tiempo después llegó a Titisé la noticia de que el Emperador se dirigía en visita oficial a la ciudad de Fraibu<sup>10</sup> y pasaría la noche en el palacio de los Condes de Jojelín<sup>11</sup>, en Titise<sup>12</sup>.

---

<sup>7</sup> Franz Ottheimer.

<sup>8</sup> Triberg, en la Selva Negra, al norte de Titisee.

<sup>9</sup> Mahmud I (1696-1754), sultán del Imperio Otomano desde el año 1730 hasta 1754, conocido por su debilidad por la cultura, especialmente la música y la poesía.

<sup>10</sup> Freiburg, ciudad alemana situada al sur de la Selva Negra, en el estado de Baden-Württemberg, en la orilla derecha del río Rhin. Está considerada como la capital ecológica del estado por la apuesta que hace el Gobierno Regional y Federal por la política medioambiental.

<sup>11</sup> Conde Jurgen von Höhenlinhen y condesa Magdalena Henrietta von Sprüferschloss

<sup>12</sup> El motivo real de la visita del Emperador por aquella región era la necesidad de su esposa, la emperatriz Maria Sibylle, de visitar nuevamente a Rudolf Klinsmann, el dentista de Tübingen. Necesitaba que le implantara más dientes y le quitara aquel hedor bucal insoportable que persistía y que hacía peligrar la monarquía. Sabía que el doctor Klinsmann había compuesto recientemente un elixir llamado “Besos de margarita”, gracias al cual, una vez enjuagada la boca, esta quedaba fresca, fragante y muy apetitosa para ser besada. El emperador, con buen criterio, hacía meses que no mantenía relaciones

El alcalde del pueblo, Bilem Bolfat<sup>13</sup> pidió a Caus que preparara las mejores salchichas para la cena real que tendría lugar en palacio. Él sería el encargado de presentárselas directamente al Emperador, las salchichas de Caus tenían fama de ser las mejores de la comarca. Y ahora que el salchichero estaba presentable con la dentadura recompuesta, solo podía esperar las felicitaciones del monarca por tan suculento ágape.

Llegó el día indicado y Caus se esmeró como nunca con las salchichas. Preparó una selección exquisita a la que puso por nombre “salchichas reales” (en realidad, *Königlich wurst*), y las colocó en una gran bandeja ricamente adornada. Como era comprensible, Caus estaba muy ilusionado y nervioso por el evento que se acercaba.

Por la noche, a la hora convenida, el alcalde Bolfat, Caus y su gran bandeja fueron conducidos hacia los aposentos del Emperador. Este se encontraba en el centro de una gran sala, sentado frente a una larguísima mesa bien dispuesta para la cena. Estaba acompañado por su séquito personal y por numerosos cortesanos, todos de la máxima distinción y encabezados por el Conde de Jojélin.

Caus se dirigió de manera grave y ceremoniosa hacia el Emperador, aguantando con las dos manos la enorme bandeja y sabiéndose el centro de todas las miradas. Situado frente a él, le dijo con emoción contenida: “*mi querido Emperador, vuestro humilde y servicial vasallo os ofrece estas salchichas reales que he preparado para vosshhh...*”. Y justo en aquel momento se le cayeron los dos dientes sobre la bandeja, con los nervios Caus no se acordó de pegarlos nuevamente a las encías tras seis horas de uso.

La carcajada de todos los presentes, exceptuando al alcalde e incluyendo al Emperador, fue explosiva. Y las risas más o menos sonoras se alargaron durante muchos minutos. Caus ya había salido de aquella sala, desolado y humillado por el ridículo espantoso y soportando la mirada asesina del alcalde Bolfat, que pocas felicitaciones recibiría.

Los dos dientes quedaron dentro de la bandeja, y esta sobre la mesa, frente al Emperador, que los cogió y los tiró al generoso fuego que ardía en la chimenea, iniciándose de nuevo las carcajadas descontroladas de todos los comensales.

Justo a la semana siguiente se presentó en la salchichería de Caus un nuevo cliente. Se trataba de Janri Jandri<sup>14</sup>, soplador de vidrio de la cercana población de Jelsti<sup>15</sup>. Quería comprar salchichas para la fiesta de aniversario de su mujer.

Jandri también llevaba postizos los dos dientes centrales superiores. Pero no eran de conejo sino de caballo, pues cuando los encargó hubo una terrible epidemia de michimotis<sup>16</sup> que diezmó la población de conejos. Su dentista también había sido Gudol Quinsma, que había escogido los dientes de caballo porque eran muy abundantes en la región.

---

sexuales con su esposa y frecuentaba a otras mujeres que no ofendieran su real olfato. Hijos no tenían y Maria Sibylle ya se veía repudiada y abandonada en favor de cualquier mujerzuela perfumada.

<sup>13</sup> Wilhelm Wolfahrt.

<sup>14</sup> Heinrich Heindrich

<sup>15</sup> Höllsteig, pueblo de la Selva Negra, muy cercano a Titisee, famoso aún en la actualidad por sus artesanos sopladores de vidrio.

<sup>16</sup> La mixomatosis es una enfermedad infecciosa transmitida por la pulga del conejo, *Spilopsyllus cuniculi*, caracterizada por tumefacciones en la piel y las membranas, particularmente en la cabeza y en los genitales. Esta enfermedad ha sido responsable de grandes mortandades de conejos, como en Australia en el año 1950 (entre 600 y 100 millones), o en Francia en el año 1952 (el 90% de su población).

Es cierto que el trabajo fue mayor pues la sierra debía cortar más material, pero el beneficio era también superior, pues en sus honorarios el dentista cobraba un porcentaje extra, detallado como “desgaste muscular” del brazo.

Cuando Caus vio los dientes de Janri se puso a llorar desconsoladamente. Este se interesó por los motivos de tan triste lamento y se conmovió profundamente al saber la historia completa. Y en un acto de generosidad desconocido por el salchichero de Titisee, despegó con fuerza los dos dientes y se los dio sin vacilar.

Caus no lo podía creer y al principio no quiso aceptar los dientes. Pero ante la firmeza del soplador de vidrio, no le quedó más remedio que coger el regalo. Se probó los dos dientes y encajaban a la perfección. Los lloros dieron paso a grandes muestras de alegría y algarabía. Caus regaló a Janri una enorme bandeja llena de las mejores salchichas de su tienda y le prometió que le haría llegar otra bandeja, mucho más copiosa, a su tienda de vidrios de Jelsti.

Ciertamente, Caus cumplió su promesa y poco después, recibió de Janri un bonito presente: una figurita de cristal preciosa, un caballo y un conejo abrazados que se daban un beso con sus dos dientes centrales superiores.

Caus reflexionó sobre toda aquella historia y comprendió que había tratado con suma descortesía a Fran, el pobre relojero; y quiso recompensarlo debidamente. Junto a un escrito de sentida disculpa le mandó a su pueblo de Tíber una bandeja de salchichas tan copiosa como la que había mandado a Janri.

Pero las buenas intenciones de Caus no pudieron cumplirse. El vendedor de relojes aún no había regresado de Constantinopla. Sus relojes habían tenido un éxito rotundo y los vendió todos, pero los problemas políticos habían reducido la frecuencia de los barcos que regresaban hacia Europa, pues debían ir todos escoltados por navíos de guerra.

Cuando Janri consiguió regresar a su pueblo, se encontró un enorme paquete en su casa. Pero cuando lo abrió sólo pudo ver un montón de salchichas medio podridas y llenas de gusanos. El escrito del salchichero, sin embargo, estaba en buenas condiciones y el relojero pudo leerlo.

El escrito de Pilarín terminaba aquí. En realidad, la historia la había contado muy mal y contenía numerosos errores gramaticales y de concepto. Además, ni siquiera escribió el final, probablemente ni se acordaba. Casualmente, poco después de leer este manuscrito fui de viaje al sur de Alemania y gracias a unos folletos turísticos de aquella zona conseguí recomponer la historia completa, que sigue así:

A pesar de los malos tratos recibidos por el salchichero Klaus, y después de haber recibido unas salchichas podridas, el relojero Franz Ottheimer agradeció el gesto del salchichero y le mandó un bonito reloj de pared con una curiosidad inesperada. En lugar de salir de la ventana un cucut cantando las horas, lo hacía un conejo al que sobresalían dos dientes ennegrecidos. ¡Eran los mismos dientes de conejo que Klaus había comprado al dentista Rudolf Klinmann!

Resultó que uno de los sirvientes del conde Jurgen von Höhenlinhen era hermano del relojero Franz. Y siendo testigo de cómo se mofaron del pobre Klaus en aquella recepción al Emperador en Titisee, recogió los dos dientes del fuego de la chimenea antes que ardieran totalmente. Y los guardó hasta que regresara su hermano Franz, pensando que quizá le irían bien a su boca desdentada.

Pero Franz volvió con dentadura postiza. En Constantinopla encontró a un dentista turco, Mehmed Kamal Afasian, de origen armenio. Él había estudiado en Montpellier las técnicas del doctor Monqueur, e incluso había inventado un poderoso pegamento que mantenía unidos los dientes a las encías durante quince horas. La única diferencia era que los dientes, en lugar de conejo, eran de castor, un animal mucho más común y asequible en los mercados turcos.

En realidad, la historia explicada en el folleto turístico estaba recogida de un librito escolar titulado *Gute werke sind nicht zu missen*, que podría traducirse como “las buenas obras no tienen desperdicio”<sup>17</sup>. Se trataba de un texto moralizante escrito con la intención de formar alumnos íntegros, inculcarles que la generosidad siempre reporta beneficios. El librito está compuesto por diez historias de este tipo. Todas ellas tienen su moraleja particular, que en el caso del salchichero de Titisee es la siguiente:

*“Una mala obra inicial, la del salchichero Klaus Scheidlitz con el relojero Franz Ottheimer, reporta una consecuencia fatal, su humillación y bochorno. Sin embargo, una buena obra, generosa y desinteresada, aún a pesar de perjudicarse a sí mismo, como la de Heinrich Heindrich, el soplador de vidrios, hace reflexionar al desconsiderado Klaus y lo reconduce por el buen camino.*

*Y aún puede concluirse que un acto fallido, pero hecho de buena fe, con buen corazón, consigue un efecto beneficioso en su destinatario. El salchichero Klaus mandó una bandeja llena de salchichas al relojero Franz, que finalmente se pudrieron. Pero la consecuencia fue el agradecimiento absoluto y un regalo inesperado: la divina providencia hizo acto de presencia y permitió el retorno de los dos dientes de conejo medio chamuscados a su propietario inicial, el salchichero Klaus Scheidlitz”<sup>18</sup>.*

---

<sup>17</sup> A partir de esta historia, la intención del folleto turístico era dar a conocer al viajero tres personajes importantes de la región, lo cual se hacía por unos evidentes motivos comerciales: los salchicheros siguen produciendo unas salchichas sabrosísimas; los relojeros ya no transportan a costas su mercancía, que sigue fabricándose y vendiéndose a muy buen ritmo; y los sopladores de vidrio, famosos en toda la región, siguen modelando preciosas figuritas con las técnicas artesanales del pasado.

<sup>18</sup> Imagino que se refiere a su propietario humano, pues en realidad, el propietario inicial sería el conejo.